

SEGUNDA PARTE

DEL INDIO CONSTITUCIONAL,

Ó IDIOMA DE LA SENSIBILIDAD.

Ni la obscura ignorancia en que nos sepultaron nuestros opresores, ni el grave peso de las duras cadenas que arrastrábamos, ni la eterna duracion de trescientos años de padecer, fueron suficientes á hacer llevadera nuestra infame esclavitud. La escuela de los trabajos entre el abatimiento y las lágrimas, transforma en sensible el corazon mas duro, y vuelve ágil al mas torpe entendimiento: conocíamos nuestros males, sentíamos todo el peso de la desgracia; pero nuestros lábios no osaban desplegar para articular la menor queja, por no irritar con ella la furia de los ministros del despotismo, aunque muchas veces arrebató el aire contra nuestra voluntad algun suspiro, parto del dolor que nos atormentaba interiormente: seguíamos el paso tardo de los agenos bueyes, y el riego de nuestro sudor y nuestras lágrimas fecundaba la tierra, cuyos crecidos frutos, aun no apagaban la hidrópica sed de los avarientos hacendados: y cuando volvíamos en la obscuridad de la noche á recobrar con el descanso las pérdidas fuerzas, rodeados de una familia, cuya desnudez y miseria hería gravemente nuestro pecho, al tomar el alimento escaso, único fruto de trabajo tan crecido, llorábamos inconsolables á solas la fatalidad de nuestra situacion.

En aquellos momentos, arrebatada la imaginacion, dirijíamos á nuestros tiernos hijos la palabra: veis aquí, les decíamos, el triste resultado de un trabajo inmenso: hambre, desnudez, incomodidad, miseria... esta es la recompensa de tan

penosas fatigas: y si alguno de vosotros, por un evento extraordinario, y á costa de indecibles sudores, llegáse á proporcionar para sí, y para su familia un mediano descanso, una comodidad ra-tera, entonces ¡ah! será el objeto de las acusacio-nes de sus vecinos, el juguete de los hacendados inmediatos, y el blanco de las persecuciones de un Subdelegado tirano y avariento; pues ¿para que an-helais con ardor tan vehemente? ¿Os fructifica aca-so vuestro empeño? ¿Logran algun premio vues-tras tareas? No, pues envano os lebantaís antes que la luz vivifique los campos; dormid, dormid, y ya que el pan del dolor es vuestro cuotidiano sus-tento, no despertéis, sino cuando hayais descansa-do. A estas consideraciones, seguía el decaimien-to de animo tan natural, cuando se frustran las em-presas, para cuyo fin se han efectuado los medios; pero la astucia de nuestros opresores su-po persuadir á las naciones para desacreditarnos, que este desmayo en nuestras obras, era flojedad, omision, descuido, y amor al ocio connaturales á los hijos de estos paises.

No faltaba en medio de tantas penas una es-peranza, aunque remota, de ver variada nuestra suerte, siendo felices; ó cuanda no, ménos desgra-ciados algun dia: los sabios decretos, las paterna-les providencias de nuestros reyes la fomentaban; pero la astuta arbitrariedad, y el negro despotis-mo de inicuos agentes de la opresion, hicieron siem-pre ilusorias tan benéficas órdenes. Asi corrieron tres siglos, y nuestros mayores, que no heredaron de sus antepasados otras riquezas, transmitieron de gene-racion, en generacion hasta nosotros tan lisongera esperanza, tan consoladores deseos.

En el memorable año de 12. nos creimos ya li-bres y felices, como nos lo aseguró el voto general de los habitantes de la España y America, en el justo y

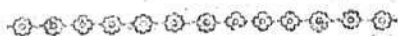
sapientísimo Código de leyes fundamentales que juramos. En aquellos días de placer y de ventura, embriagados con el dulce nectar de la libertad, nos olvidamos enteramente de tan largo y duro padecer, y entonábamos agradecidos himnos al Eterno Prócer, que alzando el terrible brazo de su ira que agovió nuestras cabezas, con una tierna sonrisa de sus labios despedazó los recios eslabones de nuestras pesadas cadenas; pero ¡hay! que esta felicidad solo fué un ligero relámpago que iluminó la esfera, y desapareció: fué un lisongero sueño, que con imágenes tan gratas y tan raras nos despertó dejándonos sumergidos en mayores males. Así es, que apenas habíamos gozado por muy breves instantes dicha tan seductora, cuando al maligno influjo de genios deprabados, cayó de nuestras manos la felicidad, desapareció la ventura, volaron las consoladoras ideas, y nos hallamos otra vez sugetos á mas terrible cautiverio, á mas fatal esclavitud.

Siguieron seis años de horrorosa tormenta; mas ya vuelve á rayar la aurora que pronostica la bonanza: Fernando juró la Constitución, y huyen precipitados los malignos genios de la barbarie y despotismo á las maniciones lóbregas del aberno. Ya no sois, ó indios compañeros míos, colonos huespedes ó advenedizos; sino ciudadanos españoles, y domésticos de la gran familia: ya serán premiados vuestros afanes, ya vereis el fruto de vuestras fatigas, ya sereis felices... pero qué, ¿nos embriagaremos por segunda vez apurando la sabrosa copa del licor liberal? ¡Ay de mí! Yo percibo los dulces ecos de las voces de nuestros hermanos que claman: *libertad, libertad*; pero no veo sus providos efectos... las gevelas existen, el antiguo sistema domina, aun dura la opresion... ¡Que confusion es esta!

Indios, Americanos todos, Españoles europeos: yo veo reproducirse los dias aciagos de la desventura y del dolor: si ahora que la ley comun, que á todos hace iguales, protege y manda la defensa de nuestros sagrados derechos, nos dormimos, y una ominosa y fatal condescendencia entorpece nuestras acciones, se escapará por segunda vez de nuestras manos la ventura, y el cielo jústamente indignado de tan bárbara indolencia, lloverá sobre nosotros los males y desgracias de que ha querido librarnos, regalándonos el divino Código que hemos jurado obedecer. Ya en nuestras circunstancias no hay otro medio prudente: ó eternamente esclavos, ó que se cumpla la Constitucion en todas sus partes. Volvámós sobre nuestros intereses, y todos reunidos y acordes, hagámos que el universo entere perciba nuestros votos; odiámos el despotismo, detestámos la opresion; ya no queremos sino libertad ó muerte: *muerte ó Constitucion fielmente observada en todas sus partes.*

CONCLÚYESE CON ESTA OCTAVA.

INDIO infeliz; tu suelo dilatado
Que al orbe todo enriquecer podia,
So un gobierno tiránico agobiado
Por tres siglos y aun mas triste gemia:
Pisa FERNANDO el Grande, el Rey amado,
La Corte de la Ibérica Monarquia;
Ve la Constitucion, y su alma pura
Del yugo nos liberta con su jura.



Impreso en la oficina de D. Alejandro Valdes, año de 1820.